

Algunas dificultades actuales contra la Fe Católica

La trascendencia de los misterios revelados, objeto de nuestras creencias católicas, con la consiguiente inaccesibilidad a su claro conocimiento por las solas fuerzas de la razón, y la lejanía espacial y temporal de los hechos históricos en que se nos descubre la realidad de la revelación, como son principalmente los referentes a la vida, pasión, muerte, resurrección y obra redentora de Jesucristo, han sido siempre, son y seguirán siendo, hasta el fin de la humana existencia temporal, ocasión de inquietudes y dudas en materia de fe.

Pero, además, el católico de hoy encuentra especiales dificultades en el ambiente social para conservarla y vivirla con honda convicción e imperturbada paz.

Esas dificultades provienen de varias causas, entre las cuales recordaré aquí algunas más perceptibles.

Una es el continuo influjo de ideas contrarias a la verdad católica, como inevitable efecto de la ya necesaria intercomunicación con ateos, indiferentes, adictos a otras religiones y, principalmente, a las diversas confesiones cristianas acatólicas. Ese choque del ateísmo o de otras creencias con la de los católicos, habrá de suscitar en las conciencias de éstos una problemática que les inducirá muchas veces a la revisión de los fundamentos de su fe y aun los turbará con molestas dudas.

Otra causa es la disipación de la mente, que no puede con facilidad concentrarse en el serio estudio de las disciplinas sagradas, en la reflexión sobre la vida religiosa y sus diversos aspectos y ejercicios o prácticas que exige; porque se lo impiden el agobio y vertiginoso ritmo de ocupaciones y preocupaciones y las intensas sollicitaciones de los sentidos hacia el cine, la radio y la televisión, los deportes, las excursiones, los viajes y variadísimos espectáculos.

Precisamente por ser los objetos de la fe inaccesibles directamente a nuestros sentidos, y haber de ser captados sólo en actos

de predicación, meditación, reflexión y consideración, es imposible familiarizarse con ellos y disfrutar de su vital contacto, sin disponer de tiempo y de reposo para estudiarlos, recordarlos y vivirlos, según los diferentes ejercicios que la práctica religiosa de todas las edades ha requerido y requiere en el culto, en la lectura piadosa, en la oración personal y en la recepción de los santos sacramentos.

Una civilización que tanto fomenta la curiosidad y tan vehementemente atrae a la satisfacción de los sentidos; que en todo impone un ritmo de rapidez, y recarga con tal exceso de ocupaciones y preocupaciones, sin dejar tiempo para pensar, orar y meditar sin prisas, ni para realizar pausadamente los actos indispensables de las mencionadas prácticas religiosas, crea indudablemente una serie de obstáculos a la vivencia de la fe católica, que sin tales actos no puede nutrirse ni desarrollarse.

También los crea otra tercera causa, que es cierta inadaptación, para la búsqueda e inteligencia de la verdad religiosa, del hombre acostumbrado únicamente, así a la observación y a la experiencia de lo sensible, cual base del estudio científico y comprobante definitivo de las conclusiones obtenidas, como a la exactitud de los cálculos matemáticos.

Porque no se suele venir a la fe ni permanecer en ella por virtud de tales métodos, aunque se requiera, para creer católicamente, certeza verdadera sobre la realidad de la revelación hecha por Cristo y transmitida por su Iglesia, y sobre los títulos por los cuales se exige nuestro consciente asentimiento y nuestra entrega. Se viene a la fe por la divina iluminación y moción obrada en quien con rectitud y prudente docilidad busca la verdad, y, de hecho, en el momento de sentir la obligación de creer, la abraza.

Estas tres causas y otras afines pueden suscitar dificultades en todos; pero a los seglares y a los menos doctos en filosofía y teología les afecta especialmente la diversidad de criterios y comportamientos entre los mismos sacerdotes y, a veces, entre los Obispos, maestros natos de la verdad católica. Comúnmente estas divergencias no se refieren a las verdades de la fe, sino a opiniones que pueden darse, salva la fe, sobre el modo de explicarla, profesarla y aplicarla en esta coyuntura histórica; pero los no peritos en la materia son con frecuencia incapaces de hacer la debida distinción entre lo uno y lo otro, y sacan la conclusión de que los que así andan divididos difieren en la fe misma; y si unos, igualmente autorizados, niegan lo que los otros afirman, ¿a quién adherirse?

Particularmente dañan al pueblo las apostasias de algunos sacerdotes y sus conductas en visible contraste con las exigencias de su dignidad y de su oficio; pero, sobre todo, el desprestigio de la Jerarquía sagrada, causado por esa crítica demoledora que le atribuye errores en la doctrina e intereses terrenos y bastardos en el gobierno. Oponer Papas a Papas, Concilios a Concilios,

Obispos a Obispos, sin las debidas explicaciones y matizaciones, es eficacísimo arte de anular, en la estimación de las conciencias, la autoridad eclesiástica como tal, y la confianza que en ella ha tenido siempre y debe seguir teniendo el pueblo cristiano, al que ha de llegar la verdad revelada precisamente por el magisterio de la Iglesia, y no por la inquisición y libre examen de cada uno, ni por la inmediata y carismática donación del Espíritu Santo.

El impacto que todas estas causas y otras semejantes producen en la inteligencia y en el corazón de los católicos, puede llegar a ser mortífero; sobre todo cuando actúan sobre personas que en su niñez, adolescencia y juventud no han adquirido una adecuada formación religiosomoral, y, por lo mismo, carecen de aquellos criterios y hábitos operativos, en que esa formación consiste, para reaccionar provechosamente ante los peligros.

¿Cómo resistir provechosamente a la temible acción de todas estas causas de duda y aun de pérdida, a veces, de la fe?

La realidad de esas causas que originan dificultades a la conservación y desarrollo de la fe no se puede ahora suprimir ni siquiera apenas modificar, porque ellas mismas son efecto necesario, ya de la naturaleza del contenido misterioso de la realidad, ya de la complicación, también ineludible, de la sociedad actual.

¿Cómo entonces evitar o aminorar sus perniciosos efectos respecto de la fe? Dando a nuestros hermanos, cuando niños, adolescentes y jóvenes, la conveniente formación, que comprende, en primer lugar, seria intrucción, acomodada a la profana cultura de cada uno, sobre todo el contenido de la revelación y, en segundo lugar, sobre los motivos para aceptarla. Estos se reducen a las credenciales que presenta Cristo para autorizarse como Hijo de Dios y, por consiguiente, como digno de crédito, cuando manifiesta e íntima a todo el mundo esa salvación y la entrega a su Iglesia para que ella, a través de los siglos, la custodie y la transmita. Sin el primer conocimiento ignoraría el cristiano lo que ha de creer y vivir; sin el segundo le faltarían las previas condiciones para que su fe sea razonable y simplemente posible como acto humano.

La debida formación comprende, además, una profunda educación creadora de complejos ideológicos y afectivos y de costumbres arraigadas conformes con las exigencias del dogma. Porque el cristiano no sólo ha de creer, sino que ha de vivir lo que cree; y esa vida supone tenso esfuerzo y abnegación generosa y continua de todos los innobles egoísmos: actitud sólo posible cuando a la claridad con que se conoce el ideal divino propuesto como objetivo y norma de la acción, se añaden el entusiasmo y la fuerza del amor para arrollar las dificultades ocurrentes a todo el que trata de alcanzarlo, y la facilidad que para eso mismo proporcionan los buenos hábitos adquiridos en los primeros años del aprendizaje en la escuela de Cristo.

Por eso es por lo que el cristiano expedito en la pugna por su

ideal religioso no sólo necesita la instrucción teórica sobre la revelación y sobre sus títulos de credibilidad, como si hubiera de parar todo en un puro conocimiento especulativo, sino las cargas afectivas de las imágenes y de los sentimientos y la facilidad de la costumbre: donde, como muestra la experiencia, está el principal factor de la santa ilusión por llegar a la meta y de la perseverancia en caminar hasta tocarla.

Durante toda la vida ha de proseguir la formación religiosa mediante la lectura, la predicación, la reflexión, la oración, las convenientes prácticas litúrgicas y otros ejercicios piadosos, pues sin ese cultivo las ideas religiosas se desvanecen y quedan inoperantes y aun inconscientes, los sentimientos se debilitan, la energía de la acción se degrada, y entonces deja de vivirse la fe, aunque se conserve soterrada e inerte en el fondo del alma. Desde luego no será la fe que obra por la caridad.

Pero, sobre todo, en los años de la niñez, adolescencia y juventud primera, cuando al hombre se le prepara como profesional y como ser humano y cristiano para la vida, ha de hacerse todo lo posible para que salga perfectamente formado en el aspecto más importante de la personalidad, que es el religioso y moral, y, por consiguiente, con instrucción completa, criterios rectos, sentimientos profundos y hábitos operativos correspondientes, según antes queda indicado. Sin la luz, el convencimiento, la energía y la facilidad que comporta una formación así, no estará el cristiano católico preparado para vivir su vida como *bonus miles Christi Jesu*. Dotado de esos recursos de conocimiento, sentimiento y costumbre de obrar en cristiano poseerá cuanto le es necesario y conveniente para reaccionar debidamente cuando su fe peligre, y servirse de la misma tentación para más afianzarla y mejor vivirla.

Con todo, sería un grave error pensar que, cuando el joven adolescente acaba su período de enseñanza media e inicia el de la universitaria, ha podido ya alcanzar el grado de madurez en lo religioso que le permita, sin proseguir el trabajo de formación religiosa, teórica y práctica, superar las mayores dificultades contra la fe, ocurrentes en el ambiente universitario, por la más eficaz acción que en él desarrollan las causas descritas antes; pues durante los años de universidad o estudios equivalentes, esa acción es menos controlada y frenada que en los de enseñanza media; y el joven mismo, aun siendo muy joven y careciendo de una formación completa, se desenvuelve con mayor autonomía y privado de muchos modos de control y de cultivo espiritual que, en el tiempo de enseñanza media, ejercían sobre su alma un influjo beneficioso.

El adolescente que acaba el período medio no puede estar aún adecuadamente formado para vivir sin daño en tal ambiente, ni aun en el caso de que en los centros de enseñanza media, oficiales y no oficiales, todo lo tocante a la formación religiosa hubiera procedido conforme al ideal; porque a tal edad no ha alcanzado

todavía el desarrollo fisiológico y psíquico necesario para entender y asimilar ciertas ideas que sólo entenderá y asimilará cuando para ello lo preparen vivencias y experiencias que aún ignora. Por eso es indispensable que la formación religiosa continúe en el período de enseñanza universitaria y equivalentes. Y esto me parece indiscutible, aunque pudiera discutirse sobre la manera de continuarla.

En todo caso, a mi juicio, podría afirmarse que, si la Universidad no garantiza de alguna manera la facilidad del estudio serio de la religión bajo la guía de profesores bien seleccionados, de forma que en lo dogmático y moral todos los alumnos católicos consigan un nivel cultural religioso pareado a las exigencias de su cultura profana, la formación religiosa quedará decapitada, y no suministrará a los jóvenes armas eficaces con que vencer las dificultades contra su fe, ni entusiasmo e ilusión para vivirla e irradiarla en una acción apostólica oportuna, que es obligatoria para todo cristiano. Y a la verdad, si en la Universidad misma o en instituciones preuniversitarias el joven estudiante no se siente atraído y aun discreta y debidamente presionado al estudio de la religión, ¿cuándo dispondrá de tiempo, estímulos y demás circunstancias favorables y aun necesarias para estudiarla, siendo como es una materia nada fácil y de tan amplio contenido? Nunca; pues, acabados los estudios universitarios, se echan encima las absorbentes preocupaciones de situarse en su profesión y de ejercerla. Por regla general, el que en el tiempo de su formación no adquiere la debida cultura religiosa, no la adquirirá jamás, salvo casos excepcionales que confirman la regla.

Hemos insistido aquí en la necesidad de la debida formación religiosa como medio para superar las dificultades contra la fe; pero, es claro, no lo hemos dicho todo, ni lo hemos podido decir en tan corto espacio. Y una importantísima verdad que, entre otras cosas, añadiríamos, es esta: En la perfecta formación teórica y práctica del católico, ha de entrar la persuasión de que la fe es don divino gratuito, que no puede conservarse ni desarrollarse, y menos en ambientes adversos, sin los auxilios sobrenaturales con que se ilumine la mente y se robustezca la fuerza de la voluntad.

Esos auxilios han de procurarse con la asidua oración y la fiel obediencia a las exigencias de la verdad creída. El adulto instruido que pierde la fe ha perdido primero la moral. El que debidamente negocia con los talentos que le confió su Señor, los conserva y recibe el premio de su negociación. El que no negocia no puede recibir galardón alguno, y además se expone por su culpa a perder lo que le fue confiado. Capital básico de la negociación en que la vida cristiana consiste, es el tesoro de la fe. Ese tesoro no puede perderse sin culpa. Es un error escandaloso hablar, como se habla hoy, de apóstatas de la fe católica como de ejemplares modelos de sinceridad y como de criaturas inocentes.

No obstante, el Concilio Vaticano I enseñó, no sólo que el católico no puede jamás tener razones objetivas válidas para abandonar su fe, sino que tampoco puede perderla por razones subjetivas que le liberen de culpa. La Escritura, la Tradición y el Magisterio Eclesiástico consideran siempre gravemente culpables a los que suficientemente informados no creen o abandonan la Iglesia Católica.

Por lo demás, para defender la fe del pueblo de Dios, no basta procurarle la debida formación; es necesario protegerlo con leyes y actos de gobierno prudentes, para que no haya de vivir en esos ambientes, hoy tan generalizados, en que sólo los héroes y los consumados teólogos quedarían inmunes. Esa protección está en perfecta armonía con la ingénita debilidad de la naturaleza humana, y no contraría en lo más mínimo la dignidad de la persona. Así lo ha sentido siempre, acertadamente, la Iglesia.

¡Ojo, pues, a la práctica inconsiderada de una libertad religiosa que no fuera sana libertad sino libertinaje del error y del mal!

E. GUERRERO, S. J.

Madrid.